

LAS ORGANIZACIONES DE PERSONALIDAD: EL ENFOQUE POSTRACIONALISTA

Giampiero Arciero,

Centro Psicoterapia Cognitiva, Via Marcoantonio Colonna, 60. 00192, Roma

Al establecer la diferencia con el mundo animal, Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, afirmaba que mientras el animal lleva a cabo su existencia naturalmente y sólo por naturaleza llega a desarrollar toda su potencialidad, el hombre trasciende el orden de las necesidades a través de la organización del actuar y del hablar compartidos: el ser humano se convierte en un hombre, revela su propia individualidad, su propio ser tomando parte en la organización del actuar y del hablar compartidos (Arciero, 1989).

Con la utilización del lenguaje a través del desarrollo humano, la experiencia personal se ve cada vez más integrada en estructuras narrativas que permiten dar un sentido a la propia experiencia. De tal manera, la continua variabilidad del acontecer se vuelve consistente en el tiempo, facilitando los instrumentos para construir un mundo con las características de estabilidad, familiaridad y asegurando, de este modo, la posibilidad de orientación respecto al fluir de los acontecimientos en el espacio, el tiempo y los contextos sociales (Chafe, 1990). Con la adquisición del lenguaje, la reciprocidad con la figura de apego, que se basaba anteriormente en patrones de interacción y afecto, empieza a estructurarse a través de la comunicación verbal de la experiencia, lo que permite gradualmente al niño preescolar dar forma a la praxis del vivir en un cuadro temporal y, por tanto, reorganizar el sentido de sí y, “estratégicamente”, la interacción con la figura de apego.

Tal como ponen de relieve las pruebas de la falsa creencia, aunque el proceso de distinción consciente entre sí mismo y los demás empiece a partir de la segunda mitad del segundo año, es sólo hacia final de los años de preescolar que el niño adquiere una comprensión plena de los demás como personas que pueden tener estados mentales y creencias distintas de las propias. Paralelamente el niño desarrolla un modelo de sí mismo como distinto de los otros, articulado en una comprensión histórica de sí mismo y de los demás (Nelson, 1997).

Con la comunicación simbólica emerge, pues, una nueva dimensión de regulación afectiva que pasa a través de la mediación del sentido. La particular asimetría de la relación de apego implica que la distinción y, en consecuencia, la significación de los estados internos, así como de los acontecimientos del mundo,

se halle en manos de los progenitores. La figura de apego puede dar sentido a los estados emocionales del niño, puede ignorarlos o redefinirlos, puede negarlos o facilitar su exploración y articulación. Por otro lado el niño, a través del ingreso en el mundo simbólico, empieza a distinguir de manera consciente y a establecer gradualmente la experiencia personal como parecida, aunque distinta de la experiencia del otro. El niño se halla en disposición de narrarse (sí mismo narrador) como actor de la propia experiencia (sí mismo protagonista) y de asumir al otro, como artífice de su praxis del vivir. Los procesos de llegar a ser uno mismo constituyen un ejemplo evidente de esta distinción. La diferenciación de la unicidad de sí mismo *versus* la alteridad del otro, cuyo origen es pre-reflexivo, produce una reorganización de la relación consigo mismo que se halla acompañada de la re-negociación de las actitudes hacia el mundo y hacia los demás. “El sistema del Sí mismo parece cumplir dos funciones; una función de comunicabilidad *intersubjetiva* (función de mantenimiento de la especie) y una función de *individualización*.” (Bruner, Kalmar, 1998, pag. 314). Dado que el lenguaje permite tanto la reconfiguración del sentir como del actuar, estas dimensiones emergentes del sí mismo irán tomando forma en relación con las diversas configuraciones de apego, que se hayan organizado hasta aquel momento. Además, tal como se señala desde *la communication perspective on attachment* (Bretherton, 1995) la transmisión por parte de los padres de patrones afectivos y comportamentales encuentra, a través del lenguaje, una continuidad en la construcción conjunta de narraciones y de conversaciones.

La función de individualización del sí mismo

La variable fundamental que parece regular la delimitación entre el sentido de sí mismo y el fluir de la experiencia del otro en-un-mundo es la previsibilidad, por parte del niño, de la respuesta parental a la demanda de proximidad. De este modo, una reciprocidad que se ha ido estructurando sobre la base de la previsibilidad permitirá al niño una diferenciación más marcada y precoz del flujo emocional interno, y por tanto una más clara separación de la propia experiencia respecto a la de los demás; la construcción de la identidad personal se verá más polarizada hacia la interioridad: sobre la permanencia del sí mismo (mismidad).

Por el contrario, una mutualidad que se ha ido organizando sobre la base de la inconsistencia o de la ambigüedad de la respuesta parental producirá una discriminación más dificultosa de los estados emocionales internos y, por tanto, una separación más débil entre sí mismo y los demás; la constitución de la identidad personal de este modo se inclinará más claramente hacia los contextos externos: sobre la variabilidad de los acontecimientos (ipseidad). A estas dos modalidades de construcción de la identidad se corresponde una percepción distinta del sentido de estabilidad personal. Los niños cuya identidad se halla organizada prevalentemente sobre la base de la mismidad regularán la relación con los demás la variabilidad situacional a través de la focalización de los estados internos, privilegiando de este

modo el mantenimiento del sentido de permanencia de sí mismo. A ello corresponde por parte del niño una articulación más profunda y precoz de estados emocionales básicos, como la curiosidad, la alegría, el miedo, la rabia y la tristeza.

Los niños cuya identidad se organiza entorno a la ipseidad constituirán una constancia de sí mismos centrada sobre la alteridad y la variabilidad situacional. La construcción de un sentido de estabilidad personal pasará, a través de la orientación que se extrae de la alteridad y del mundo. Esta modalidad, que conlleva el reconocimiento de los estados emocionales a partir del otro, implica por parte del niño una distinción más confusoria de los estados internos que se experimentan de modo indiferenciado y malestar.

Con las posibilidades ofrecidas por el lenguaje, que permiten captar la propia experiencia como objeto (sí mismo como protagonista) y de explicársela dándole un significado distinto (sí mismo como narrador). los niños orientados hacia la mismidad modelarán la identidad narrativa (la idea de sí mismo y del otro, según Lewis, 1994) focalizando la atención sobre estados emocionales internos. El sentido de sí mismo emergerá, en consecuencia, como reconfiguración y por tanto transformación de los estados emocionales internos en experiencias emocionales. En palabras de Lewis: “La experiencia emocional consiste en la interpretación y valoración, por parte del individuo, de la percepción del propio estado y de las expresiones emocionales. La experiencia emocional implica que el individuo dirija su atención a los propios estados emocionales (per ejemplo, cambios neurofisiológicos), así como a las situaciones en que tales estados adquieren forma, al comportamiento de los demás, a las propias expresiones” (pag.226,1993). A ello corresponde una exclusión selectiva de situaciones externas que no pueden asimilarse al mantenimiento del sentido de estabilidad personal.

Los niños prevalentemente orientados a la ipseidad, por el contrario, modelarán la propia identidad narrativa en sintonía con una fuente externa de referencia; darán forma al sentido de sí mismo a través del punto de vista externo, excluyendo selectivamente aspectos internos de la experiencia. La focalización de la atención hacia lo exterior implica que estados emocionales concurrentes puedan pasar totalmente inadvertidos, con la consiguiente imposibilidad de transformar el estado emocional o interno en experiencia emocional. Estos niños desarrollarán, por tanto, de forma predominante, un repertorio más articulado de experiencias emocionales cognitivas, sin que de hecho se produzca un estado fisiológico específico.

En relación con la articulación del sentido del sí mismo desde el interior o del exterior distinguimos dos patrones de actitud hacia el sí mismo y hacia el mundo: los niños *inward* (enfoque interno) y los *outward* (enfoque hacia lo exterior).

A los niños *inward* corresponden las configuraciones de apego evitativo (*depressive prone*) y coercitivos (*phobic prone*), mientras a los niños *outward* la configuración *evitativa (dap prone)* y A/C (*obsessive prone*).

Los niños evitadores (*dep prone*) que siguen un desarrollo emocional que

empieza con las tonalidades básicas de rabia y de tristeza (en relación con la constancia del rechazo parental), en la medida en que surge la consciencia de sí mismos, se sienten activados de forma recurrente por oscilaciones emocionales internas (rabia o tristeza) o por estímulos ambientales significativos, independientemente de las estructuras cognitivas que se van formando. Para mantener la proximidad, evitando ulteriores rechazos, emplean sus recursos reflexivos en la gestión interna de estas emociones, dependiendo la propia supervivencia de la capacidad que desarrollan de modularlas. Esto explica porqué estos niños basan su confianza de forma predominante en su pensamiento. Regulan la multiplicidad de situaciones concurrentes, manteniendo su atención sobre este sentido de rechazo anclado en la mismidad, evitando, en consecuencia, hablar de temas emocionales que les resulten sensibles, de compartir acontecimientos afectivos o de manifestar a la figura de apego demandas de ayuda, intentando de este modo controlar lo exterior, anticipando sus contextos y las situaciones de rechazo. Resulta evidente que estos niños, al no poder pedir ayuda a los padres, deberán contar sólo con sus capacidades propias para hacer frente a los acontecimientos contingentes (no se dejan ayudar y son autosuficientes).

De todo lo dicho resulta evidente que la actitud que desarrollan frente al mundo viene determinada por una especie de “inconsistencia ontológica”. La realidad del mundo, percibida como ilusoria, se reestructura activamente según los parámetros internos de referencia, mientras compartir los cánones de conducta se utiliza de forma instrumental como forma de participación en el mundo intersubjetivo.

Los niños coercitivos (*phob prone*), cuya mismidad se organiza según las tonalidades básicas del miedo y de la curiosidad (en relación con la previsibilidad de la aceptación parental), se activan, (al igual que los evitantes) de modo recurrente por oscilaciones emocionales e internas (curiosidad, miedo) o por situaciones significativas, de manera independiente de la emergencia de la capacidad reflexiva. A diferencia de los evitantes (*dep prone*) sin embargo, han aprendido a fiarse de sus recursos emocionales para el mantenimiento de la proximidad con la figura de apego. Por tanto, la atención a las variaciones del sentido interno de estabilidad personal, que se ha ido configurando a partir de la percepción de la centralidad que siente el niño respecto a los cuidados parentales, regula el control de la variedad de los acontecimientos. Manipulan las situaciones concurrentes, manteniendo la atención sobre el sentido de amabilidad personal basado en la mismidad; las varias estrategias coercitivas que el niño C pone en funcionamiento son la manifestación evidente de esta modalidad de regulación de emociones básicas a través de la cual controla la proximidad a la figura de apego. La actitud frente a la realidad corresponde a una reconstrucción del mundo según los parámetros de la desconfianza y de la peligrosidad. La corrección de los comportamientos se utiliza como instrumento para acceder a situaciones protectoras.

Los niños *outward* que, a diferencia de los anteriores, han desarrollado un

sentido de constancia de sí mismos centrada sobre el exterior, regularán la estabilidad personal manteniendo la atención sobre la multiplicidad situacional.

Para los niños evitantes (*dap prone*) el sentido de constancia de sí mismos se organiza según tonalidades emocionales derivadas de la dependencia de un marco externo de referencia. Desde las primeras fases de apego, la imprevisibilidad de la reciprocidad con la figura de apego ha ido orientando la atención del niño a mantenerse en contacto con las situaciones externas para dar un sentido al propio modo de ser. La percepción de estabilidad personal se regulará a través de la capacidad de mantener una constancia de sí mismo en la variabilidad de las situaciones concurrentes. Con la aparición de las capacidades cognitivas el niño con tal de mantener la proximidad con la figura de apego, y asegurar al mismo tiempo la estabilidad del sentido de sí mismo, emplea los recursos reflexivos tanto para optimizar la correspondencia a las expectativas parentales. Éste énfasis en lo exterior hace que los parámetros internos de referencia se seleccionen en función de corresponder punto por punto a la situación externa definitoria.

La interpretación de sí mismo desde el exterior genera por un lado una delimitación vaga entre sí mismo y el otro (familias aglutinadas) y al mismo tiempo una percepción ambigua e indiferenciada de la propia interioridad.

Mientras los niños *inward* otorgan un valor ontológico a la interioridad a expensas del mundo, para los niños *outward* sucede exactamente lo contrario. La primacía ontológica del mundo y del otro implica que la interioridad se sienta como inestable y poco fiable. El niño evitante (*dap prone*), en particular, someterá cualquier manifestación interna a la congruencia con la fuente sintónica de sentido (falta de inmediatez).

Los niños A/C (obsessive prone), como los anteriores, sitúan el sentido de estabilidad personal en un marco de referencia externo; la actitud dicotómica parental impide desde un principio la constitución de un sentido definido de sí mismo orientado sobre las emociones básicas recurrentes. Con la aparición de los recursos cognitivos y a fin de mantener la proximidad, asegurándose la constancia del sentido de sí mismo, el niño sintoniza su atención con las reglas impersonales que definen los contextos. Sobre esta capacidad de formalización de lo exterior, que gradualmente adquiere valor de certeza, modula su interioridad. Si predomina el aspecto evitante, la constancia de sí mismo se delega en la capacidad de captar los aspectos formales de las situaciones concurrentes y de preverlas lógicamente, excluyendo cualquier contenido y manifestación emocional. Si, en cambio, predomina el aspecto coercitivo, el sentido de estabilidad personal se regulará a través del control lógico de la interioridad, transformando, por ejemplo, el miedo a la separación en suposiciones, deducciones, demandas de seguridad, hasta llegar, como en los casos de psicopatología declarada, al establecimiento de rituales específicos que el niño se siente constreñido a cumplir.

La distinción entre niños *inward* y *outward* se hace todavía más clara a partir

de los tres años aproximadamente, de la aparición de emociones evaluativas autoconscientes (vergüenza, culpa, orgullo, timidez, embarazo). Estas emociones se configuran a través de la valoración consciente que hace el niño de la propia conducta y/o de la globalidad del propio ser, en relación con los parámetros de referencia. Está claro que, puesto que estas emociones aparecen a causa de cómo y qué piensa el niño sobre su conducta y sentimiento, los estímulos que suscitan estos estados emocionales son de naturaleza cognitiva (Lewis, 1992, 1993, 1994). Por lo tanto, se producirá una diferencia de prevalencia organizativa de estas emociones según se polarice más o menos la identidad narrativa sobre emociones básicas.

En el estilo *inward*, puesto que la mismidad orienta la constitución de la narración de sí mismo, las tonalidades emocionales como la rabia, el miedo, la curiosidad, la desesperación o la tristeza destacarán de manera más clara respecto a las emociones autoconscientes. Además, en los niños *inward*, puesto que los estándares intersubjetivos de conducta se reconfiguran de manera congruente con el mantenimiento de la estabilidad interna, los criterios de valoración del sí mismo serán internos. La estima personal, así como el fracaso, serán valorados por los evitantes *dep prone*, según la capacidad de mantener un nivel de aceptación tanto a través de la anticipación del rechazo y/o de la gestión activa de la proximidad, como a través de la autosuficiencia compulsiva. Para los coercitivos (*phob prone*) la valoración del sí mismo se halla conectada al mantenimiento del sentido interno de estabilidad a través del control de la proximidad de las figuras significativas.

En el estilo *outward*, puesto que la identidad narrativa se halla orientada por la correspondencia con marcos externos de referencia, las emociones autoconscientes regularan de manera preponderante la constitución y el mantenimiento de la constancia del sí mismo; la intensidad visceral de las emociones básicas será mucho más contenida. Dado que en los niños *outward* la adherencia a cánones de conducta calcados del exterior selecciona el sentido del sí mismo en cada momento, los criterios de valoración de sí mismo serán externos.

Para los evitantes (*dap prone*) la valoración negativa o positiva de sí mismo y de las propias conductas se halla conectada a la capacidad de corresponder a estándares de referencia que dependen punto por punto de las expectativas parentales.

Para los A/C (*obsessive prone*) la correspondencia a cánones de referencia formales es la que regula la valoración del sí mismo y del propio comportamiento.

Dependencia - Independencia de campo: la función intersubjetiva del sí mismo

Los estudios sobre la dimensión de dependencia o independencia de campo se hallan relacionados con los estudios de Herman A. Witkin. A partir de experimentos en los que se separaban perceptivamente, en los sujetos, los estándares de orientación corpórea a fin de evaluar la posición erecta, Witkin distinguió dos estilos perdurables: uno, al que llamó "*field dependent*" (dependiente de campo), característico de sujetos que orientaban la postura de pie tomando como punto de referencia

el campo perceptual a expensas de la exclusión de sensaciones corporales. El otro, “*field independent*” (independiente de campo), propio de sujetos que hacían caso de su cuerpo para juzgar su propia posición en el espacio.

El desarrollo de este paradigma que se originaba en la psicología de la percepción llevó a Witkin y colaboradores a distinguir dos estilos cognitivos, con relación al modo cómo los sujetos organizaban su relación con el mundo fiándose de referentes externos o internos. Esta diferencia se ve con claridad en las situaciones sociales; los “*field dependent*” ponen su atención en sintonía con características interpersonales con una búsqueda de proximidad tanto emocional como física, desarrollando en consecuencia una mayor competencia relacional. Los “*field independent*” muestran, en cambio, una orientación más impersonal con una cierta insensibilidad hacia los indicios sociales, prestando una atención especial al mantenimiento de la distancia tanto física como emocional; desarrollarán una actitud más despegada de los contextos y de los otros y una mayor confianza en principios, ideas, suposiciones y explicaciones. Un ejemplo de esta diferencia se refiere a la actitud de sujetos “*field dependent*” e “*independent*” en el transcurso de las sesiones de psicoterapia (Witkin 1977, pag. 57). En un estudio que consideraba el comportamiento no verbal de pacientes *field dependent e independent* con relación a la distancia física del terapeuta, se ponía de manifiesto cómo los *field dependent* con el aumento de la distancia daban muestras con sus gestos indicadores de un “factor de dependencia”. Los *field independent* se mostraban insensibles a la manipulación de la distancia. Esta diferencia era congruente, además, con la manera cómo se configuraba la relación terapéutica además de las capacidades, autónomas o no, de reestructuración cognitiva.

Los pacientes *field dependent* estructuraban la relación delegando en el terapeuta la reconstitución de los contextos y de las situaciones. Respondían de manera más fragmentaria y el terapeuta se veía por tanto llevado a hacer preguntas más específicas. Por el contrario, los pacientes *field independent* asumían un papel activo en la reconstrucción de los acontecimientos, organizando temáticamente las respuestas, cuya extensión era 5 veces superior a la de los precedentes. Los terapeutas, en consecuencia, hacían preguntas abiertas.

La misma diferencia se halla en las situaciones ambiguas o en las situaciones de resolución de conflictos. Los *field dependent* estarán dispuestos a captar inmediatamente las informaciones que provienen de los demás y a tomar el punto de vista de los otros para poder dar un sentido al acontecimiento que se está desarrollando; serán, por tanto, más eficientes en la mediación de conflictos interpersonales. Los *field independent*, al contrario, más centrados en las ideas, principios y explicaciones y menos atentos al punto de vista y las actitudes de los demás, darán sentido a la situación que se está desarrollando, sin tomar en cuenta las informaciones sociales. Tendrán mayor dificultad para resolver los conflictos interpersonales.

Esta dimensión de personalidad, estudiada en varios contextos por Witkin y col. (Witkin, Goodenough, 1977; Witkins, Moore y Goodenough, 1976) nos permite diferenciar los estilos de construcción del sí mismo según otro eje, el de la relación con el mundo.

Se colocan en un extremo aquellos niños que para regular el sentido del sí mismo que están experimentando, deben mantener una relación constante con el otro, utilizan un modelo procesual de conocimiento centrado en aspectos episódicos. Se diferencian así:

a) Niños evitantes (*dap prone*) que extraen a cada momento el sentido de estabilidad de sí mismos del rostro, de las miradas de la voz de las actitudes y de las palabras del otro.

b) Niños coercitivos (*phob prone*) que regulan su sensación interna de estabilidad a través de la gestión emocional de la proximidad del otro.

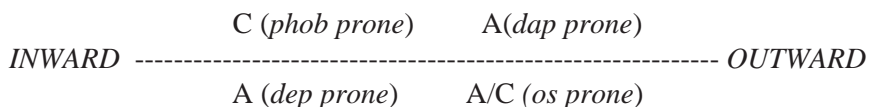
En el extremo contrario encontramos niños *field independent*, que se relacionan con el mundo a través de las estructuras cognitivas disponibles. Estos niños educados en un contexto familiar que no tolera o que margina la comunicación emocional y el recuerdo de episodios emocionalmente cargados, se apoyarán sobre modelos semánticos de conocimiento procesual. Se diferencian de este modo:

a) Niños evitantes (*dep prone*) que mantienen la estabilidad del sí mismo a través de un sistema cognitivo que permita la anticipación a través de situaciones de rechazo y la gestión autónoma de la propia emocionalidad.

b) Niños A/C (*obsessive prone*) que construyen y mantienen la constancia del sí mismo captando los principios generales que regulan los contextos.

La dimensión *field D - I* va organizándose paralelamente a la dimensión *inward - outward*. Así, a una cierta actitud hacia sí mismo corresponde una actitud hacia el mundo. Si colocamos en el eje horizontal la dimensión *inward - outward* y en el vertical la dimensión *field D-I* se configuran cuatro estilos de construcción de la identidad personal.

DEPENDENCIA DE CAMPO



INDEPENDENCIA DE CAMPO

El estilo A (*dep prone*) -*inward, field independent* – cuyo sentido del sí mismo se modula sobre la capacidad, independiente del contexto, de prevenir y manejar las situaciones de rechazo. Puesto que el mantenimiento de la estabilidad personal se centra en la regulación cognitiva de la activación interna, la atribución de los

acontecimientos que alteran la estabilidad será prevalentemente interna.

El estilo C (*phob prone*)- *inward, field dependent*- cuyo sentido del sí mismo se regula a partir de la capacidad de control, dependiente del contexto, de la proximidad de una figura de referencia. Puesto que el mantenimiento de la estabilidad interna depende de la respuesta emocional parental, la atribución de acontecimientos perturbadores será prevalentemente externa.

El estilo A (*dap prone*) -*outward field-dependent*- cuyo sentido del sí mismo se regula a partir de la capacidad dependiente del contexto de sintonizarse continuamente con las expectativas parentales. Puesto que el mantenimiento de la constancia del sí mismo se centra sobre figuras significativas la atribución dependerá de la actitud del otro.

El estilo A/C (*obsessive prone*) - *outward, field-independent*- cuyo sentido del sí mismo se regula por la capacidad cognitiva de asimilar las situaciones a principios y reglas, independientes del contexto, dará origen a una modalidad atributiva distinta según la polaridad destacada. Si el aspecto evitativo es el más significativo, la atribución será prevalentemente interna, mientras que si predomina el aspecto coercitivo, será externa.

Traducción: Manuel Villegas Besora

Referencias bibliográficas

- ARCIERO, G. (1989). *From epistemology to ontology: A new age of cognition*. Paper presented at the American Association for the Advancement of Science, San Francisco, CA.
- BREThERTON, I. (1995). Attachment theory and developmental psychopathology. In D. Cicchetti & S. L. Toth (Eds). *Rochester Symposium on Developmental Psychopathology: vol. 6, Emotion, Cognition, and Representation* (pp.231-260). Rochester, New York: University of Rochester Press .
- CHAFE, W. (1990). Some things that narratives tell us about the mind. In B. K. Brit on, A. D. Pelegrinos (Eds). *Narrative thought and narrative language*. Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.
- BRUNER, J. & KALMAR. (1998). Narrative and metanarrative in the construction of Self. In M.Ferrari, R.J.Sternberg (Eds). *Self-Awareness* . New York: Guilford Press .
- LEWIS, M. (1992). *Shame, the exposed self*. New York: Free Press .
- LEWIS, M. (1993). The emergence of human emotions. In M. Lewis, J. M. Haviland (Eds). *Handbook of emotion*. New York: Guilford Press .
- LEWIS, M. (1994). Myself and me. In S. Taylor Parker, R. W. Mitchel, M. L. Boccia (Eds). *Self-Awareness in animals and humans*. Cambridge MA: Cambridge University Press .
- LIFTON, R.J. (1993). *The protean Self*. New York: Basic Books.
- NELSON, K. (1997). Finding one's self in time. In J. G. Snoodgras, R. L. Thompson (Eds). *The Self across psychology*. Annals of the New York Academy of Science.
- WITKIN, H. A. (1978). *Cognitive styles in personal and cultural adaptation. The 1977 Heinz Werner Lectures*. Worcester, Mass.: Clark University Press.
- WITKIN, H.A. & GOODENOUGH D. R. (1977). Field dependence and interpersonal behavior. *Psychological Bulletin*, 84: 661-689.